

llegada para no volverse á ver más, fomenta las confidencias, decide á plantar sin cumplimiento á los amigos nuevos al primer rozamiento; la felicidad de hacerse pasar por algo distinto de lo que uno es y por más de lo que es, estimula á buscar amistades, y es causa de otras tantas rupturas, porque como cada cual hace con nosotros lo mismo, apenas descubrimos el engaño, se acabó. Por estas razones las amistades de á bordo bailan una contradanza continua. Además, nada hay que haga cometer tantas villanías como el tedio. Al décimo día, algunos, más que aburrirse, van á mendigar humildemente la conversación de quienes la tarde anterior ofendieron con una evidentísima demostración de antipatía. Entre otras parejas nuevas ví al cura napolitano que paseaba con un joven argentino, que había sido uno de los que más impudente y ostensiblemente se habían burlado de él, y á quien oía en el momento con marcada deferencia sus disertaciones sobre *las emisiones fiduciarias y de numerario* de no sé qué institución de crédito de Buenos Aires; y en el otro lado de cubierta, el parásito *reungido* del molinero, que se había colgado no sé cómo al viejo chileno, se quejaba en alta voz de la *falta de limpieza* de los vapores italianos, no sin ver en su cara severa una expresión de náusea, que anunciaba un peligro inminente de *volver la peseta*.

La gran novedad estaba, sin embargo, detrás del timón: el marido de la señora suiza en coloquio por vez primera con el diputado argentino, á quien parecía explicarle el mecanismo del *surcómetro*. Era por extremo cómica la atención profunda que éste aparentaba prestarle, sin dejar por esto de volver de hito en hito la vista, con un lento movimiento de cabeza, hacia la antigua violadora de su domicilio, que paseaba entre el toscano bronceado y el tenor radiante, deshaciéndose en dengues y sonrisas, pero con el ojo atento á los otros dos (atónita, se comprende), contenta de aquella inesperada aproximación.

Al pasear hacia arriba y hacia abajo pasaba por delante de la menuda pianista, que estaba sentada á un lado; y ésta, cada vez que pasaba, la envolvía en su mirada de los pies á la cabeza, larga, profunda, y que dejaba vislumbrar curiosidad, envidia sensual y todo género de apetitos comprimidos de pequeña fiera encadenada; tras de lo cual, su semblante volvía á recobrar la habitual expresión de impasibilidad monacal. Su madre entre tanto, que estaba sentada entre ella y la señora del cepillo, iba cortando á retazos con los ojos y con la lengua un nuevo vestido color de lila á la esposa, en verdad un poco mal vestida, la cual volvía las espaldas, siempre unida al brazo de su esposo, y á pie firme, delante de la «domadora», que parecía pinchar-

les con bromas embarazosas, columpiando sobre una mecedora su mal disimulada manera de ser

A todos dominaba por fin, con su penetrante mirada de policía, el agente de cambio, apoyado contra el palo de mesana, con los brazos cruzados sobre el pecho, en actitud del hombre que espera un suceso. Todos los demás en pie, ó sentados de dos en dos, conversaban sobre el aburrimiento, bostezando á más y mejor; y el mar, rígido y amarillento, era fondo adecuado á todas aquellas caras fastidiosas y soñolientas. Entre los muchísimos cuadritos, borrados los unos por los otros, que presentó el castillo durante el viaje, no sé por qué quedó vivo en mi memoria, pintado con color de tierra, el de aquel día y el de aquel instante.

*
**

En un momento dado, el cuadro se animó y la pintura se cambió en escena de comedia. El toscano dejó plantada á su compañía casi bruscamente, y se fué derecho á proa, con un propósito en el semblante como de represalia amorosa; un minuto después la señora suiza y el tenor se separaron: éste se sentó aparte é hizo como que leía un libro; ella se dirigió hacia su marido; el argentino se separó, haciéndole á

ella un saludo diplomático. El agente de cambio se presentó á mi lado como una aparición. —No deje escapar—me dijo—una hermosa operación de estrategia de á bordo; usted, que escribe, debe observar estas cosas. El toscano se ha retirado del combate. El tenor está de reserva. La señora hace una falsa maniobra frente al enemigo. ¡Oh! ¡voto á Dios! Ayer me la pegaron; pero lo que es hoy no pasa.—En efecto, la señora hacía mil mohines al marido, apoyábase sobre su brazo, le hablaba al oído, como si le pidiera explicaciones sobre el *surcómetro* y la cara del melenudo profesor estaba admirable: revelaba un sistema completo de filosofía, que debía ser ya antiguo en él: entornaba los párpados, como gato que acecha, y torcía toda la cara hacia un lado, enseñando la punta de la lengua, con una mueca plácida por todo extremo, la cual dejaba entrever, sin embargo, una cierta astuta intención de burla, como si en el fondo de su corazón se riese de ella, de sí mismo, del otro, de todos los demás, del mundo entero. El tenor entretanto había desaparecido. Y la señora pasábase una mano por los ojos y cubría con el abanico pequeños bostezos poco espontáneos, como dando á entender que tenía gana de ir á dormir—¡Alerta!—dijo el agente.—Ahora viene el movimiento decisivo.—Apenas esto dijo, cuando la señora se separó

de su marido, y lentamente, poniendo carita de sueño, atravesaba para bajar.

—¡Eh!—exclamó el agente;—el momento está bien elegido. No hay de seguro ni un perro en aquellos hornos de abajo... ¡Pero está la justicia de Dios! Y corrió hacia abajo también él. Ni uno siquiera de todos estos movimientos se había escapado á aquella serpiente de cascabel, madre de la pianista, la cual contaba al oído sus observaciones á la vecina, la señora del cepillo; y ambas á dos, echando chispas por los ojos, se levantaron á la vez y se pusieron en marcha... Era inútil. La suiza volvía á subir ocultando la rabia bajo su graciosa sonrisa, y con un libro entre las manos, como si hubiese bajado sólo con objeto de cogerlo; y dos minutos después, por la otra escalera, presentábase el tenor, solfeando y mirando al mar, con afectada indiferencia que revelaba una rabia canina. A los pocos pasos avanzaba el agente, satisfecho, haciéndome desde lejos una señal con la mano abierta y con el pulgar en la nariz. El tenor se aproximó diciéndome:

—¡Hermoso mar! ¿eh?

*
* *

El mar estaba horrible; pero él era un hombre divertidísimo. Yo le había conocido á la latitud

de las islas Canarias, y habíale hablado dos ó tres veces. Tendría sobre treinta y cinco años, pero por su aspecto parecía más joven: una cara de primer oficial de sastre, con dos bigotes negros enroscados hacia arriba, y dos ojos que siempre estaban diciendo:—¡Soy yo!—pronunciación amanerada, paso de conde Almagro. Miraba el horizonte con aire triunfante, como si el Océano Atlántico fuese un inmenso teatro que lo aclamase.

Hablaba de geografía, de literatura, de arte, de política, con cierta desenvoltura disimulada; siempre á punto de soltar un despropósito, pero sabiendo contenerse á tiempo, después de haber echado una mirada de desconfianza al interlocutor. En literatura ó en política usaba de un artificio curioso. De pronto, y sin tener nada que ver con la conversación, exclamaba solemnemente con los ojos clavados en el horizonte:—¡Guillermo Shakespeare!—y se pasaba una mano por la frente, como si siguiera el curso de una meditación; pero nada: no era mas que un nombre que se le venía á la boca, como una burbuja de aire. O bien, si se hablaba de un personaje histórico, de Napoleón I, por ejemplo:—¡Ah!—exclamaba torciendo la cara;—no me hablen de Napoleón I: ¡por amor del cielo!—como si sobre aquel asunto tuviese un gran tesoro de

ideas propias, inmutables, sobre las cuales ni siquiera admitía discusión. Y no se le sacaba ni una palabra más. En fin, para resumir todo el vasto sistema de sus ideas y de sus simpatías intelectuales, solía decir:

—Yo tengo siempre tres libros sobre la mesa de noche: Dante, el *Fausto* y... —La primera vez dijo la Biblia; pero luego se olvidó, y otro día dijo, en lugar de la Biblia, *Los misterios del pueblo*, de Eugenio Sue. En el vapor no le ví en la mano mas que *Los amores de la emperatriz Eugenia*. Un rasgo final. Decía que había sido voluntario con Garibaldi; pero cuando se hablaba de hechos concretos, jamás indicó campaña alguna en particular; hablaba de estas guerras con cierta vaporosa indeterminación, como se habla de los sucesos de la más remota antigüedad, casi de los pertenecientes á la edad fabulosa. En suma, un hombre de humor jovial. No se excitaba mas que hablando de un empresario de Bolonia, el odio de toda su vida, repitiendo siempre la misma frase:—Le haré escupir el corazón.—El, por el pronto, ya había escupido las ganas en aquel día.

*
**

Después de las dos, aquellos sitios se desocupaban. El tenor bajaba al salón á cantar al piano,

el profesor iba á la cámara del centro á dar lecciones de ciencia varia al pueblo bajo, los argentinos á jugar á las cartas, los demás á bañarse, á dormir, á escribir ó á perfilarse. Yo seguí aquel día á la señorita de Mestre, que iba con la tía á visitar, como de costumbre, á su familia de emigrados con un paquete de fruta y dulces. Apenas puse el pie en la proa, observé qué simpatía tan grande gozaba ya entre aquella gente. Al presentarse, aun los campesinos más rústicos se apartaban, y todos miraban atentamente las venas azules de aquel sutil cuello, sus finas manos, la gruesa cruz negra destacándose sobre el vestido color verde mar, que no dibujaba curva alguna, y no dejaba de tener su gracia. Ni en la cara de las mujeres más maldicientes y descocadas, que hablaban de ella á sus mismas espaldas, veíase la sombra de un pensamiento maligno. Y no era respeto por la señora, sino por la triste sentencia que llevaba escrita en el semblante, y por la resignación dulce con que la sobrellevaba, sin perder nada de la bondad y de la gracia juvenil que nacen en el feliz amor de la vida.

Una palabra que á su paso oí murmurar me estremeció, por si ella también la había oído:—Ahí está la tísica.—Pero no la oyó.

Los muchachos le salían al encuentro, y ella les regalaba pasas y almendras, acariciándoles

en sus mejillas. Por inadvertencia, un emigrante plantó su pie sobre la falda, y se la descosió de un lado, descubriéndose un palmo de falda blanca. Mientras se arreglaba el desperfecto, acercóse á ella el doctor, y los tres bajaron á la enfermería.

*
**

Bajé tras ellos. Iba á visitar al viejo campesino piamontés, enfermo de pulmonía.

El pobre se había puesto bastante peor. Acurrucado en su oscuro agujero, con larga barba gris que le hacía más flaco, tenía el aspecto de un muerto estirado en su caja, á cuyo ataúd se hubiese quitado las tablas de un lado. Al presentarse la señorita, á quien ya conocía de otras veces, contrajo su boca como la contraen los niños y los viejos extenuados al romper á llorar. Y dijo con un nudo en la garganta:

—¡Ah, lo siento por mi hijo!

Fácilmente advertí que aquellas palabras habían oprimido el alma de la muchacha, que inmediatamente se apresuró á responder con voz alterada, pero fingiendo espontaneidad:—No, no. ¿Qué es lo que decís? Volveréis á ver á nuestro hijo. Hoy tenéis mejor cara. Cuidado con que

no se extravié la dirección. ¿Dónde la habéis puesto?... (La tensa en la chaqueta al pie de la cama). Está bien. El doctor nos prestará atención. ¿Queréis que yo la conserve? ¿que os la devuelva luego cuando estéis ya bueno, á la llegada del vapor? ¿Queréis que la coja?

El viejo hizo un movimiento afirmativo. Se inclinó, buscó en la chaqueta, sacó el paquetito, encontró el papel que ya conocía, y le dobló con mucho cuidado, poniéndole en una cartera de cuero que cerró y volvió á meter en su bolsillo. El enfermo, que observaba con suma atención y complacencia todos aquellos movimientos, murmuró con un hilo de voz apenas perceptible:

—¡Ah! es usted demasiado buena, demasiado buena.

—Ánimo— le contestó ella, ofreciéndole su mano,— volveré pronto por aquí. Hasta la vista. Ánimo.

El viejo le tomó la mano, se la besó dos ó tres veces, derramando gruesas lágrimas y la acompañó con la mirada hasta la puerta; después dejó caer la cabeza en la almohada con profundo abandono y desaliento, como si nó debiera levantarla más.

La muchacha subió sobre cubierta con su tía, acercándose á su familia de labradores, arrinconada en el sitio de costumbre, entre la jaula de los pavos y las cubas, como un nido de

pájaros. Ya habían dado á su rinconcillo, pequeño como la cáscara de una nuez, cierto aire casero, colgando de las cubas un espejillo redondo y tendiendo encima una toalla para que los librase de los rayos del sol. La cabeza de uno de los gemelos, sentado sobre la tarima, servía de apoyo á las manos del labrador, y la calamochea del otro, encorvada bajo el pedazo de peine que manejaba su madre, aparecía más redonda que nunca; mientras, la muchacha lavaba un pañuelo en un barreño, puesto sobre una maleta desfundada que servía de mesa de trabajo. Al acercarse la señorita, el padre se levantó, quitándose la pipa de la boca, y las seis caras sonrieron. Oí al pasar alguna palabra.

—*¿Siempre bien?*

—*Como Dios quiere*—respondió el campesino.—*Pero tiene miedo ésta de que le ocurra antes de llegar...*

Y entonces la mujer, con semblante inquieto:—*¿Cree usted, amita, que me harán pagar también el pasaje por lo que nazca?*

La pregunta debió resultar muy cómica, porque fué causa de que viera sonreír por vez primera á la muchacha. Sin embargo, pasó como un relámpago. Dijo que no con la cabeza,—que no creía,—y sacó del bolsillo un pañuelo de lana, encarnado, para el cuello, que puso en manos de la niña, diciéndole:

—Tú te lo pondrás este invierno..... cuando me.....

Pero ¿qué diablos pasaba por los aires? En pocos minutos habíase oscurecido el cielo; las nubes estaban tan bajas que casi tocaban las puntas de los palos, como si de repente hubiese anochecido. A ambos lados del vapor, envuelto en húmeda niebla, no se veía mas que un pequeñísimo espacio de mar gris é hinchado, que comenzaba á sacudirnos fuertemente lanzando chorros sobre cubierta por todas partes. Los más creyeron que estábamos en plena borrasca. El oficial de guardia gritó desde el entrepuente del comandante:—Un chubasco: ¡Adentro todo el mundo!—Apenas dijo la última palabra, un violentísimo golpe de agua descargó sobre nosotros, como si lloviera á cántaros, inundándose la cubierta en un momento; todos huyeron como locos á cobijarse bajo los pasadizos cubiertos y en el castillo de proa; gritaban las mujeres, saltando todos desesperadamente los reguerillos, los charcos, las olas, y precipitándose por las escalerillas de los dormitorios como si el barco fuera á hacerse pedazos. Pero como las puertas de los dormitorios eran estrechas y se agolpaban todos, surgían luchas airadas por querer ser los primeros á fuerza de codazos y empujones, desencadenándose una tempestad de juramentos y de gritos bajo la furia crecien-

te del aguacero que empapaba cabellos, trenzas y chaquetas, armando gran estrépito sobre los cristales y sobre los puentes y sacudiéndolo y bruñéndolo todo. Aquella infernal confusión hízome pensar con espanto en lo que ocurriría si se presentase un instante de peligro. No era mas que el primer saludo que nos enviaba la zona tórrida, gran rociadora del mundo, en cuyas aguas hacía dos días que navegábamos. Duró sólo algunos minutos. La bóveda oscura de nubes se elevó, y rasgándose por varios puntos como otras tantas ventanas, dejó caer sobre las aguas, todavía oscuras, aquí y allá y sacudidas por hazes, girones de lluvia, una variedad nunca vista de manchas de luz y de lívidos reflejos, blancos, verdes, dorados, que dieron al Océano la apariencia de muchos mares unidos, y como si cada uno de ellos estuviese iluminado por un astro diferente: ¡la imagen extraña y triste de un mundo en que principiase el desorden del fin!



IX

LOS EXTRAVAGANTES DE PROA

OTROS varios chubascos descargaron sobre nosotros al día siguiente, y gracias al último pude yo hablar por vez primera con la señorita de Mestre, que estaba á mi lado en el comedor cubierto de la derecha, donde se había refugiado, destemplada y tiritando de frío. Sus primeras palabras, los primeros movimientos de su rostro, vistos tan de cerca en medio de la multitud que nos oprimía, me revelaron su alma mejor que todos sus ademanes anteriores.

Ciertas contracciones involuntarias de sus labios blancos y ciertas íntimas vibraciones de la voz, dejaban adivinar bajo aquella graciosa compostura grande vigor en su corazón; sentía una piedad ardiente por las miserias humanas, cuyo espectáculo se le hacía intolerable y